

# ¿Dónde está el psicoanálisis?

## II. Una cuestión murciélago

José Assandri



Imagen: Adam Martinakis In motion

e-diciones de la École  
lacanienne de psychanalyse

e-diciones de la École lacanienne de psychanalyse

¿Dónde está el psicoanálisis?

José Assandri

Comité editorial:

Helena Maldonado Goti

Fernando Barrios

Marina Serrato Pérez

Adriana Villatoro

© 2017, e-diciones

González de Cossío 120, int. 401

Col. Del Valle 03100

México, D.F.

e-diciones.elp.net

e-diciones.elp.net

## II. Una cuestión murciélago

*¿Dónde está el psicoanálisis?* En un artículo “Variantes de la cura tipo”, Jacques Lacan tituló el primer apartado “Una cuestión murciélago: examinarla a la luz de día.”<sup>1</sup> ¿Qué es una cuestión murciélago? Lacan dice muy poco sobre este asunto, sólo refiere a “el Murciélago de la fábula”.<sup>2</sup> En Esopo hay cuatro fábulas que tienen como personaje al murciélago. Una de ellas, “Las aves, las bestias y el murciélago”, es la que me parece que conviene a este asunto. La historia es simple, las fábulas interesan por su moraleja. Sucedió que hubo una guerra entre las aves y las bestias. Las aves ganaron, entonces el murciélago, que como se sabe tiene alas, se declaró ave. Pero volvieron a estar en guerra, y ganaron los animales. El murciélago entonces dijo, tengo alas, pero en realidad soy una bestia no un ave, ustedes pueden verlo. Quedó entonces de nuevo en el bando vencedor. Pero volvieron a estar en guerra y las aves tuvieron una nueva victoria. El murciélago se declaró nuevamente ave, pero entonces las aves le dijeron, nos engañaste una vez, no otra. El resultado es que lo señalaron a la luz del día por lo cual, el murciélago, de vergüenza, sólo aparece en la noche. Las aves y las bestias podrían ser sustituidos por los psiquiatras y los curas, y, en lo que concierne al análisis, el asunto es cómo se declara el análisis, de qué tipo de saber se considera portador. Podríamos plantear, de acuerdo a lo que venimos diciendo, si como ciencia, si como ética, si... ¿cómo qué? No fue por casualidad que terminé incluyendo en el argumento de esta jornada un epígrafe tan largo. Se repite demasiado asiduamente entre los lacanianos que “el análisis es un delirio del que se

---

<sup>1</sup> Jacques Lacan, “Variantes de la cura-tipo”, en *Escritos I*, traducción Tomás Segovia, Buenos Aires, 2008, p. 311.

<sup>2</sup> *Ibidem.*, p. 313.

espera que porte una ciencia.” Esa frase, así extraída del contexto, que utiliza los significantes que Freud utilizó en su trabajo sobre Schreber para oponer su teoría a lo que se imponía a ese buen hombre, alimenta la esperanza de que, algún día, el psicoanálisis finalmente será una ciencia. Sin embargo, hay que atender a que Lacan afirmó “jamás”, y lo que aquí importa es que el saber, si bien como lo plantea Foucault, busca establecerse como ciencia, no es ese el modo que le conviene al análisis, sobre todo en su práctica. Por otra parte, la asimilación demasiado rápida del análisis a la confesión, al oficio del cura, desconoce que la arqueología del análisis merece ampliar su recorrido más allá de *La voluntad de saber*, como el propio Foucault reconoció en textos posteriores. El análisis siempre sufrirá esa extraterritorialidad que no puede conformar ni a bestias ni a aves, porque es una especie única, o en todo caso, puede asemejarse a otros saberes sin ser ninguno de ellos. No es que el análisis sea expulsado de todos lados, se trata, fundamentalmente, del modo en que juega su extraterritorialidad. La fábula a la que recurrió Lacan, de todos modos, parece seguir insistiendo en esa faz de lucha, persiste en la épica. No es tan fácil escapar de ella, pero si hay algo que puede rescatarse de la épica es la importancia de las posiciones en cuanto a estrategia. De la posición del análisis, en relación a otros campos y disciplinas, dependerán sus efectos. Del mismo modo que Allouch ha señalado que una relación demasiado distante de la religión no es la adecuada, tampoco lo sería con la psiquiatría. La posición más adecuada es una cercanía que permita marcar, en el sentido futbolístico, los movimientos que pueda haber desde la religión y la psiquiatría.<sup>3</sup>

Hay otro sesgo de este asunto del murciélago, y es que, examinar un murciélago a la luz de día implica que no se

---

<sup>3</sup> La imagen de marca futbolística ha sido utilizada repetidas veces por Allouch, y vale la pena tomarla, porque justamente una actitud demasiado distante le deja el campo al adversario.

examina la existencia del animal más que cuando está durmiendo, y, por lo tanto, se tiene una visión muy parcial, porque los murciélagos, finalmente, son nocturnos. Esa dificultad me parece esencial. Todo lo que podemos decir del análisis es muy parcial porque lo que es la experiencia en sí, no es observable a la luz de día. Es siempre muy particular y nocturna. Es más, hasta diría que el propio analista, no tiene por qué saber cuál puede ser la trayectoria que toman los vuelos del analizante. Los murciélagos tienen un sistema de orientación que depende fundamentalmente del oído, no de la vista. Ellos emiten, como un sonar, sonidos que luego reciben y de ese modo se ubican, a partir de cómo les resuenan sus propias voces. Esto me parece que es un modo de plantear el análisis. El analizante se guía por el efecto que le producen sus propias palabras; asocia en función de cómo les resuenan sus palabras. El analista, aun cuando ocupe el lugar de sujeto supuesto saber, apenas puede tomar algunas señales de esas palabras, de esos signos, señalar algo, marcarlo, puntuar, pero en general, es como si estuviera a oscuras y sin ser murciélago, sin saber demasiado qué efecto tiene lo que el analizante dice sobre él mismo, o qué efecto le produce tal o cual acto o intervención del analista. Sólo es posible saber algo a posteriori. Esto me parece que importa porque la mayor parte de lo que decimos, es, justamente, examinar un murciélago a la luz del día. Fragilidades del análisis.

Volvamos al artículo. De los tres tejidos, psicopatología, etificación, antropología analítica, se desprenden cinco apartados.<sup>4</sup> Y si bien puede ser tomado cada apartado como

---

<sup>4</sup> Hay aquí otro problema de traducción. Los apartados del artículo fueron traducidos como “Punto de garantía”, “Punto nosográfico”, “Punto común”, “Punto fronterizo” y “Punto psi”. *Point de*, que es la expresión en francés con la que comienza cada uno de los apartados en el texto original, es un adverbio de negación, como *pas*. Curiosamente, así como puede haber un juego entre *pas* como negación y *pas* como paso, también lo hay entre *point* como negación y *point* como punto. Tanto en *pas* como en *point*, gramaticalmente, deberían aparecer acompañados del *ne*: *Il n’y a pas*, *il n’y a point*, pero a lo

puntos específicos, una cosa es poner en orden distintos puntos y otra negar explícitamente ciertas formulaciones o prácticas. Se lee de otro modo, absolutamente distinto. Mientras que uno parece ordenar, el otro modo implica negar claramente cosas que se tienen por ciertas o habituales. Esto último hace más evidente la fragilidad del análisis, porque en el análisis muchas veces se puede decir de manera más adecuada por la negativa que por la positiva.

No abordaremos los cinco apartados. Dejamos para el final el “Sin garantía” y *La piedra de la paciencia*. Comenzaremos por la cuestión de la nosografía. La nosografía es la descripción y clasificación de las enfermedades en general, y en lo que concierne a la psiquiatría, se trata de la clasificación de las llamadas enfermedades mentales. La psicopatología es justamente un cruce entre psicoanálisis y psiquiatría, que, de algún modo, partiendo de la nosografía, le da una “explicación” psicoanalítica. Neurosis, psicosis, perversión, a pesar de las múltiples críticas que se le han hecho, siguen insistiendo en el campo freudiano, pero de tal modo, que se podría decir que es una problemática local, psicoanalítica, o incluso lacaniana, porque la nosografía psiquiátrica ha tenido cambios sustanciales, sobre todo, a partir de la expansión de los DSM.<sup>5</sup>

Señala Allouch que Lacan, y no sólo él, contribuyó bastante “*a dar cuerpo, consistencia y valor a tres entidades clínicas respectivamente llamadas perversión, neurosis, psicosis (en*

---

largo de la historia se ha ido perdiendo el *ne*, sobre todo en el habla coloquial para quedar, muchas veces, sólo *pas* o *point*. Si se lee atentamente el texto que figura en lo que sería cada “punto”, no caben dudas de que se trata de “Sin garantía”, “Sin nosografía”, “Sin común”, “Sin frontera” y “Sin psi”.

Fragilidades de la traducción.

<sup>5</sup> Es necesario tomar nota del PDM, un eco provocado por el DSM. *El PDM. Task Force, Psychodynamic Diagnostic Manual*, publicado por las “Organizaciones Psicoanalíticas” yanquis en 2006, le da un nuevo sustento psicoanalítico a la empresa del *Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales*, que no es otra cosa que la clasificación de las afecciones del humano a través de síndromes.

*una palabra: pernepsi*)”. Una de las contribuciones de Lacan a “pernepsi” pasa por haber planteado la idea de estructuras psicopatológicas, asunto seguramente tributario del estructuralismo de una época. Ya hablar de estructura implica considerar que habría elementos comunes en esas estructuras, como, por ejemplo, que cada una de ellas gira en torno a un mecanismo de defensa.<sup>6</sup> Y se diferenciarían porque en la neurosis el mecanismo clave es la *Verdrängung*, en la psicosis a la *Verwerfung*, y en la perversión a la *Verleugnung*... Y dicho así, en alemán, porque de ese modo se le daría una mayor consistencia al saber. Creer que las cosas se pueden definir así, y que, si nos encontramos frente a algo que llamamos psicosis, suponer que opera siempre el mecanismo de la preclusión, en fin, es dar demasiado crédito a esas formulaciones. Del mismo modo que creer que lo esencial de la neurosis es la represión y de la llamada perversión la renegación. En esto se hace evidente lo que señalábamos respecto al tejido psicopatológico: el psicoanálisis ha sido parte de él, contribuyó a tejer esa trama.

Bernard Casanova, en su artículo “Estallidos de clínica”, cuestiona el lugar que tiene pernepsi insistiendo en el malestar que eso le genera:

Después de tanto tiempo -qué tiempo? digamos después del tiempo que oímos y transcribimos y leemos Lacan, después del tiempo que lo examinamos, lo interpretamos y lo citamos, que lo parafraseamos, que lo comentamos, que lo bibliografiamos y lo thesaurizamos; después del tiempo que hacemos nudos a tres o a cuatro, o cadenas o trenzas, que deshacemos, que desanudamos, que desencadenamos y desentrezamos, a veces incluso en color; después del tiempo que hacemos bandas donde el derecho es el revés, después del tiempo que nos toramos en los agujeros, que nos autopenetramos en el espacio o en las botellas sin boca ni culo..., (me dirán que no hace tanto tiempo, pero no obstante hace tiempo)- después de todo ese tiempo, se podría pensar

---

<sup>6</sup> Le debemos a Anna Freud la pavorosa difusión que ha tenido en el psicoanálisis y en la vida cotidiana la palabra “mecanismo”.



que la clínica –eso que llamamos así por costumbre sin saber bien la razón- iba a moverse considerablemente, que en “pernepsi” –tomando de otro autor ese neologismo acrofónico para designar la tríada clínica perversión, neurosis, psicosis- iban a registrarse graves perturbaciones, parecidas a tempestades o tormentas; o si no la ruptura; se podría pensar incluso que esta división, codificación, clasificación pernepsi iba a estallar, a explotar con todas esas novedades que aportaba Lacan. Más exactamente aún, se podría pensar que la llegada a la escena psicoanalítica del ternario constituido por real, simbólico e imaginario, ya no permitiría obrar como antes, y que con RSI ya no podría funcionar (como) pernepsi.<sup>7</sup>

Hay humor en el texto de Casanova, un humor ácido.<sup>8</sup> El “neologismo acrofónico” pernepsi, el que reúne neurosis, psicosis, perversión, que Allouch habría pretendido trastornar en su artículo “Perturbaciones en pernepsi”<sup>9</sup>, para Casanova, nunca tuvo las perturbaciones esperadas. Hay preguntas que son clave sin dejar de ser simples: ¿por qué el dualismo mente-cuerpo no ha sido eliminado por el ternario RSI? ¿Por qué seguimos utilizando esa conjunción teratológica “clínica psicoanalítica”? “¿Por qué todo el mundo debe ser clasificado?”

Casanova señala el origen de la nosografía. En neurosis y psicosis, la terminación “osis” refiere a una afección crónica a diferencia de la terminación “itis”, que refiere a algo agudo, inflamatorio. Es decir, neurosis y psicosis son afecciones en las que no se presentan síntomas inflamatorios, ni de los nervios ni de la psiquis, y serían enfermedades crónicas, no agudas. Y si bien perversión tiene una marca claramente moral, no hay que olvidar que durante un tiempo existió el tratamiento moral en

---

<sup>7</sup> Bernard Casanova, “Estallidos de clínica”, traducción Carlos Schilling, en *Litoral* 25/26, Córdoba, 1998, pp. 107-108.

<sup>8</sup> “Thesaurisamos” refiere a diccionario. *Thesaurus* es una palabra latina con la que se nombra al diccionario en francés. En español se usaba antes tesoro, por ejemplo, el “Tesoro de la lengua”.

<sup>9</sup> J. Allouch, “Perturbación en pernepsi”, traducción de Anthony Sampson y Héliida Peretti, en *Litoral* N° 15, Córdoba, 1993, p. y siguientes.

la psiquiatría, y que el médico fue, durante un tiempo, el relevo del cura. Del mismo modo que las palabras neurosis y psicosis, también la palabra clínica proviene de la medicina.

Casanova cuestiona fuertemente la “clínica psicoanalítica”, señalando que es una expresión que vende, que sigue siendo atractiva, y que seguirá vendiendo. Y claramente dice que lo único que une eso médico de la clínica con el análisis es una cuestión etimológica. Que lo que se llama “clínica psicoanalítica” está ligada al lecho, a la cama, como la medicina, pero también como el lecho de un río. Con Lacan podríamos poner a discutir todo este asunto de la medicina y el análisis, como, por ejemplo, recordando que, en 1974, en Yale, afirmó que el análisis era la última flor de la medicina, con todo lo que puede tener de encantador y efímero una flor. O incluso, cuando antes, en 1966, habló de psicoanálisis y medicina, pero no incursionaremos hoy en este asunto, salvo para señalar que puede haber distintos niveles de discusión de esa relación, y que es necesario contextualizar la discusión, definir qué es lo que se quiere discutir.

La esperanza de Casanova, en 1995, que fue cuando publicó por primera vez el artículo, es que ya entonces se hubiera pasado a otra cosa, se hubiera dejado atrás todo eso. ¿Por qué no se puede pasar a otra cosa, desprenderse de la nosografía ni de la clínica? Esa era su pregunta, pero tampoco desde esa fecha hasta esta, veinte años después, ha cambiado gran cosa, se sigue hablando de clínica, de psicosis, de neurosis, no tanto de perversión, pero en todo caso, siempre la perversión está en reserva. Pero si no es posible cambiar eso, la cuestión es ¿por qué no cambia?

“Estallidos de clínica”, como sucede bastante a menudo, tiene un problema de traducción ya en el título. La palabra *éclats* puede ser traducida como estallido, sin embargo, también tiene el sentido de brillos, reflejos, incluso relámpagos. Entonces, ¿por qué no “Brillos de clínica”? ¿O “Relámpagos de clínica”?

Traducirla como “estallidos” tal vez fue más que nada una expresión de deseo del traductor o del editor, el deseo de que la clínica, de una vez, estalle, pero la clínica es algo que sigue brillando, que seduce. La clínica psicoanalítica, es cierto, saca su prestigio de la figura del médico, de la clínica médica. ¿Quién no espera ser atendido por un buen clínico cuando está enfermo? Pero, ¿qué sería un buen clínico cuando se trata de un analista? ¿Cuánto sobre peso le agrega al analista esa idea de clínica? En general se toma el saber cómo un modo de calificar a alguien, en varios sentidos, pero importa que, si el saber de alguien brilla, es consistente, tiene, sobre todo, autoridad, y es probable, que tenga una buena calificación. Sin embargo, no necesariamente un análisis funcione con alguien que muestra su saber cómo una insignia, puede llegar a ser un sobrepeso incluso. ¿Cómo avanzar en esto? Escribió Casanova:

Para decirlo sin dudas demasiado rápidamente, hay que saber si se elige pensar con dos o con tres; dicho así parece un poco simple, pero me pregunto si mi malestar no se sitúa exactamente en ese lugar.<sup>10</sup>

¿Será la cuestión elegir entre el dos o el tres? Con RSI Lacan introdujo la importancia del ternario como forma de salir del dualismo, el dualismo de normal/anormal, cuerpo/mente o psique, pulsión de vida/pulsión de muerte... Pero justamente este último punto hace ver que en el psicoanálisis de Freud también anidaba el dualismo. Para tratar este asunto, lo que Casanova nombraba “mi malestar”, me parece de interés citar un trozo del artículo de Allouch “¿Soy alguien, o qué...?”:

Una de las grandes agudezas indisociablemente clínica y teórica que podemos reconocer en Lacan es haber sabido exponer una ternaridad que no dejaba de estar asediada por el dos (hasta intentar, con el borromeo, producir el dos a partir del tres). No es casual, desde este punto de vista, que los lacanianos se dediquen a proclamar, bastante vanamente, la

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 108. El subrayado me pertenece.

importancia del tercero, reivindicación que señala por sí misma la desaparición de la agudeza antes mencionada.<sup>11</sup>

Me parece que esta precisión es de gran fineza. Primero, que dedicarse a proclamar el tres, no necesariamente hace lugar al tres. Por otro lado, decir que el tres no deja de estar asediado por el dos, implica que el tres no es algo dado de por sí, sino que es algo que es necesario producir. E incluso, que, del tres, se puede pasar rápidamente al dos. Proclamar que con Lacan siempre estamos en el tres termina resultando algo vacío. No es algo sencillo salir del dualismo, dualismo que marca firmemente todo con la división normal/patológico.

Guy Le Gaufey ha planteado cuestiones que son de interés respecto a esta cuestión de la clínica en su artículo “¿Es el analista un clínico?”<sup>12</sup>. La primera observación de Le Gaufey, es que analista y clínico son dos palabras que están al borde del oxímoron.<sup>13</sup>

Todo el artículo de Le Gaufey está escrito en relación al problema del signo. ¿Cuál es el problema? El problema es que no hay una sola teoría del signo, incluso, por más que se trate de teorías ternarias del signo, es decir, teorías que dicen que se necesitan tres elementos para definir un signo. Está la teoría clásica del signo, a la que se puede asimilar la semiología médica, la que supone que a cada signo le corresponde algo específico, que cada síntoma tiene su causa, y hay alguien, el clínico, que interpreta. Y si a veces no se trata de una relación

---

<sup>11</sup> J. Allouch, “¿Soy alguien o qué? ...”, en *Litoral* 30, Córdoba, 2000, p. 44.

<sup>12</sup> G. Le Gaufey, “¿Es el analista un clínico?”, traducción Ginnette Barrantes, en *Opacidades* 3, Buenos Aires, 2004.

<sup>13</sup> El oxímoron es una figura que permite romper con esa idea de que una palabra significa tal cosa, y tal otra, una cosa completamente distinta. Las palabras pueden combinarse de tal modo que provoquen un efecto por fuera de lo que se suponen que significan. Un oxímoron es una imagen retórica compuesta con dos palabras que serían opuestas como la soledad sonora, la blanca oscuridad, la música callada, etc. Esas formulaciones poéticas provocan un chispazo entre dos palabras que nunca se colocarían juntas según el sentido común.

estrecha entre síntoma y afección, como puede ser el caso de la fiebre, que puede corresponder a distintas dolencias, otros signos ayudan a interpretar de qué enfermedad se trata. Hay una relación casi directa entre el signo y la cosa. En el caso de la clínica médica, la cosa es el cuerpo enfermo, es órganos, es funciones, son lesiones, son deficiencias. Pero en la clínica médica importa poder identificar claramente a qué corresponde cada signo, por algo en la medicina se ha planteado el problema de la simulación. Le Gaufey señala la importancia de otra concepción del signo, una concepción que fue desarrollada por Pierce, también una concepción ternaria del signo, pero donde el tercero, el que da la significación, no es una consciencia, un ser definido ni una entidad trascendente. La teoría de Pierce implica que está el signo, el que sea, está la cosa o el referente, que puede ser cualquier cosa, un objeto, otro signo, un concepto, incluso dice Le Gaufey, puede ser Dios, y un tercero que oficia de interpretante, el que dice cómo se puede interpretar ese signo, pero que ese interpretante no necesariamente es un ser, algo definido, sino que incluso puede ser otro signo, algo que marca cómo interpretar, que a la vez puede necesitar otro signo para que sea interpretado el sentido del primero. Para poner un ejemplo, si alguien va por la calle y le pregunta a otro: “¿Tiene hora?” Si ese otro le responde “Sí, tengo”, y nada más, no quiere decir que no haya respondido a la pregunta, sin embargo, lo habitual es que, cuando uno hace la pregunta “¿Tiene hora?” haya una interpretación por la que el interrogado responda inmediatamente la hora de ese momento, si es que la tiene. ¿Dónde está el interpretante? Se podría decir que en el sujeto que tiene el reloj, se podría decir que está en el modo de hacer la pregunta, o que la pregunta se hace en la calle, pero, de hecho, eso no está presente en los significantes lingüísticos que se usan, porque si uno se pone lógico, que alguien tenga un reloj (o que tenga hora, porque aquí también se muestra como la significación no es dual, significado/significante), no quiere decir que tenga que mirar y

decir la hora de ese momento. Pero si frente a la pregunta “¿Tiene hora?” la respuesta no es la hora, se podría decir que algo falla, o simplemente cada uno tiene un interpretante distinto. Ese tercero postulado como un sujeto, otro signo, una marca, lo que sea, genera lo que Pierce llamó “vaguedad”.

Otro ejemplo, en el coloquio *¿Despsicopatologizar?*, en Buenos Aires, el año pasado, hubo una pequeña discusión a partir de una afirmación de Susana Bercovich: “*toda nominación produce una segregación*”. La palabra “segregación” fue objetada. ¿Por qué se objetaba esa palabra? Lo cierto es que depende de qué interpretante coloquemos en el asunto, que, por otra parte, eso no tiene ninguna garantía de unanimidad. De acuerdo al interpretante que utilicemos dará lugar a tal o cual significación. Si tomamos la expresión literalmente, no hay dudas que es correcta. Cualquier nominación, lo que hace, es separar algo del resto del mundo. Segregar no quiere decir más que eso, según su origen etimológico es lo opuesto a agregar, juntar, por lo que es disgregar, segregar, separar. Es lo que sucede cuando se nombra un animal del rebaño, tiene un lugar distinto. Es una operación que se podría decir que es simple: el nombre, al señalar, separa, segrega. Pero segregar bien puede ser leído a partir de la connotación negativa, que implica una marca de exclusión, y, por lo tanto, mejor sería no segregar porque no sería políticamente correcto. ¿Acaso hay alguna de esas dos interpretaciones que sea más válida que otra? En una discusión en una jornada de psicoanálisis, sin duda que la cosa se puede resolver por una cuestión de autoridad, de quién está sentado en el sillón del poder. O también se puede resolver de un modo no espacial, por ejemplo, dependiendo del nombre de quien hable, o del nombre al que se recurra para zanjar la discusión. Por ejemplo, citar a Lacan como autoridad. Esto es muy frecuente en la retórica analítica. Pero en un análisis propiamente dicho, esa palabra tendrá el significado que le corresponda de acuerdo

a lo que allí suceda, y que, de hecho, ese significado puede ser cualquiera, hasta el más abstruso. Como se ve, no alcanza con postular una ternaridad para que las cosas funcionen, no basta que estemos en el registro del tres para que el psicoanálisis esté a salvo... ¿de qué?

El asunto del interpretante introducido por Pierce en la semiología es importante. Se podría decir que en Freud nos encontramos con las dos teorías del signo. En la medida que planteaba un contenido manifiesto y un contenido latente, había la idea de un descifrado mediante el cual se llegaba a lo latente, suponía que tal signo significaba tal cosa, que simplemente se trataba de llegar a eso, con un parecido bastante grande con la clínica médica. Pero también había otra teoría del signo en la que el signo se abre a tantas posibilidades de significación que no puede remitirse a algo concreto, como el modo de analizar los sueños o los chistes, cuestión que Lacan llevó a su punto más claro. El asunto es que al encontrarse con significantes no necesariamente eso implica que haya una significación inmediata. Sería algo así como significantes sin referente, que están a la deriva, a la espera de un interpretante para encontrar su referente en algún momento y de ese modo adquirir alguna significación, que, a la vez, puede ser variada, o puede exigir otro interpretante, y luego otro, y así. Esos significantes sin referente pueden encarnarse en un síntoma, emerger en un lapsus, en un sueño, en una ocurrencia. Y esto haría justamente algo absolutamente distinto a la clínica médica, porque no hay referentes que estén definidos previamente, sino que se producirán en su momento. Y para esa significación, Le Gaufey señala que Lacan introdujo la figura del sujeto supuesto saber, y esa figura aporta un interpretante, un signo, algo que hace que se opere otra significación de lo que cree que dice el analizante. Más claramente, el sujeto supuesto saber es el que permite que se produzca el síntoma en el sentido analítico. Esto implica tomar la vaguedad de la significación que planteaba Pierce, y

que, retomada desde el sujeto supuesto saber, es la que permite al análisis operar. Algo entonces muy lejos de la clínica en el sentido que se entiende médicamente, y también algo lejano a la nosografía en lo que concierne a la acogida del decir de otros.<sup>14</sup>

Todo esto permite dar una cierta respuesta al planteo de Casanova: “no hay semiología psicoanalítica”. Una respuesta que sea distinta a una cuestión declarativa, del mismo modo que decir “no hay clínica psicoanalítica”, creyendo que con esa declaración se termina el asunto. No basta con decir que se trata de un oxímoron. La razón de fondo es clara. Eso que se llama síntoma no remite de modo directo a ningún tipo de etiología, a ninguna causalidad previa, y, por lo tanto, no es posible ningún tipo de operación específica que produzca una unión entre un síntoma y su diagnóstico y su tratamiento, cosa que, por cierto, funciona en la clínica médica.

Es por eso que en un análisis el analizante vuelve a hablar repetidas veces de un síntoma, de una escena, de un sueño, de un lapsus, y cada una de esas veces surge algo distinto, porque justamente es leído con interpretantes diferentes, interpretantes que no estaban presentes en otras lecturas previas. Y cada interpretación conduce a cercar cada vez más la cosa del

---

14 A mí esto me parece tan formidable que, en ratos de ocio, me inventé una fórmula lógica:

$$A = A \vdash A \neq A$$

No sé si esto existe en lógica, se leería así: A igual a A, por lo tanto (eso es lo que quiere decir el signo del medio) A distinto de A. Llegó un determinado momento en la historia de la lógica, con Hegel, en que se cayó en la cuenta que el principio de identidad no se podía escribir  $A = A$ , porque, simplemente, la segunda A no es igual a la primera, una cuestión que a nosotros ahora puede parecernos evidente, pero que debieron pasar siglos para que se produjera. El principio de identidad pasó a escribirse de otro modo:  $A \neq B$ . A mí se me ocurrió que, en vez de recurrir a la B, donde es evidente que hay diferencia, se podía recurrir a la misma A, que ya es distinta en la medida en que es segunda, que ya no es la primera. Y eso, por lo tanto, establece una relación lógica, loca sin duda, entre A y sí misma. Cualquier palabra se somete al tercero, llama a un tercero, necesita del interpretante.



analizante. “La cosa del analizante”, esta formulación que se lee en “Fragilidades del análisis”, me parece que es clave. El analista no se ocupa del analizante sino de la cosa del analizante. La cosa del analizante, ¿de qué se trata eso? Hay una gran diferencia entre ocuparse del analizante, como persona, como ser que sufre, al que se puede fácilmente calificar, diagnosticar, etiquetar, tratar de ayudar, calmar, y otra cosa, muy distinta, ocuparse de la cosa del analizante. ¿Qué es la cosa del analizante? Al comienzo de esta segunda parte he dado alguna pista, pero abordaremos esta cuestión más adelante. Además, “la cosa del analizante”, en el recorrido de Lacan, merece ser tomada por diferentes vertientes.

e-diciones.elp.net